

## El dinosaurio sigue ahí. Aportaciones historiográficas y usos públicos de la dictadura de Primo de Rivera con motivo de su no centenario<sup>1</sup>

César Rina Simón

Departamento de Historia Contemporánea de la UNED

E-mail: cesarrina@geo.uned.es

<https://dx.doi.org/10.5209/chco.96256>

Desde los procesos de profesionalización y nacionalización de la historiografía en el siglo XIX, una de las tareas medulares del oficio ha sido la de dotar de estudios y contextos la celebración de centenarios y conmemoraciones historicistas. Estas efemérides permiten repensar y actualizar epistemológicamente lo celebrado a los paradigmas académicos del presente, si bien son también utilizadas para situar el acontecimiento en una genealogía de legitimidad para las narrativas de las culturas políticas. En no pocas ocasiones, los encargados de analizar las efemérides han sido “paracaidistas” con escasa trayectoria en el tema de estudio y que, lejos de aportar nuevas lecturas sobre la base de fuentes primarias no tratadas hasta la fecha, han reforzado determinados tópicos historiográficos a partir de lecturas superficiales de la bibliografía disponible. Las conmemoraciones de la “guerra de la independencia” en 2008 o del inicio y final de la guerra civil en 2011 y 2014 fueron buen ejemplo de ello. Sin embargo, el centenario del golpe de Estado del general Primo de Rivera no ha atraído a demasiados paracaidistas, ya que no ha despertado el interés político, mediático o historiográfico correspondiente a la importancia que tuvo la dictadura para la historia contemporánea de España.

La memoria del régimen ha sido ambivalente. Entre 1923 y 1930, como desarrollara Quiroga (2008) en un trabajo seminal de historia cultural del poder, la dictadura construyó un potente imaginario nacionalista y legitimador que hoy podríamos considerar como una tentativa de construcción de una religión política o, al menos, un intenso proceso de sacralización de lo político. Sin embargo, desde el primer día de la dimisión del dictador y durante la II República, los símbolos, ritos y narrativas que sustentaban el régimen se derrumbaron como un castillo de arena. Sólo sobrevivieron en las formaciones herederas de la Unión Patriótica: Renovación Española y Falange. Los militares sublevados en julio de 1936 reivindicaron al general como hito originario del movimiento regenerador autoritario, pero no podían sacar demasiado rédito de un régimen fracasado. La dictadura de Primo de Rivera fue considerada un campo de investigación de los errores a evitar para perpetuar la “nueva” España. Esto no impidió que algunas ciudades, en la década de los cuarenta, continuaran incluyendo en el nomenclátor al militar jerezano. Así ocurrió en Cáceres, en 1948, en unas de las principales avenidas de la población. El motivo no fue la tentativa de levantar una memoria reconstitutiva del régimen, sino el resultado de los conflictos por la construcción de los imaginarios políticos entre militares y falangistas. Ante la tensión que se daba

<sup>1</sup> El trabajo se enmarca en el proyecto de investigación “La democracia y sus enemigos (1918-1931): España, la primera posguerra, la dictadura de Primo de Rivera y sus articulaciones con Italia, Portugal y Argentina” (PID2020-112800GB-C22).

entre estos dos sectores a la hora de resignificar el espacio urbano, encontraron un punto de acuerdo en la figura del general, héroe para los militares por el desembarco de Alhucemas y padre del “Ausente” para los falangistas. Para ambos, representante del nacionalismo y precedente del franquismo. Entre 1939 y 1975 también se publicaron biografías mistificadas de Primo de Rivera, presentado como precursor del fascismo antes de la derrota del Eje y, a partir de 1945, como líder nacionalcatólico y representante de la regeneración autoritaria que había culminado en Franco. La comparación entre ambos dictadores y dictaduras, incluso en los análisis historiográficos actuales, es inevitable. De esta comparación vienen las memorias más benévolas sobre el general.

Ya en el período democrático, el interés por los años veinte, en términos cuantitativos, ha sido escaso, ensombrecido por los estudios sobre la II República, la guerra civil, el franquismo y la transición. Esto no quiere decir que la dictadura no despertara interés historiográfico —véase Quiroga (2022, capítulo 8) o Alía Miranda (2023: 11-21)—, pero sí que ha venido ocupando un lugar secundario en los análisis del siglo XX. Quizá esta cuestión se supere, no tanto por las iniciativas institucionales conmemorativas, que han sido escasas, sino por algunas de las obras publicadas en estos años. O quizá la superación viene por obras de divulgación o documentales revisionistas, como el elaborado por el Instituto CEU de Estudios Históricos, que presentan la dictadura como una etapa de prosperidad y pacificación; al dictador como un gestor y un patriota abocado a desarrollar medias impopulares por el bien de España; y también como una respuesta lógica del sistema liberal ante los conatos revolucionarios que pretendían acabar con la democracia. Primo de Rivera habría sido un gran estadista cuya pretensión era acabar con el sistema parlamentario corrupto y con los problemas que acuciaban al país. El documental se puede visualizar en *Youtube* y cuenta con centenares de comentarios del tipo “es lo que España necesita hoy”. Probablemente sea el trabajo más divulgado y que mayor alcance ha tenido en este centenario.

Una vez más, los debates historiográficos internacionales han contribuido a repensar la historia de España con perspectivas menos determinadas por las lógicas nacionales o las cronologías políticas. El interés por el período de entreguerras, los orígenes de las culturas políticas totalitarias, la crisis del liberalismo, la irrupción de las masas o las transformaciones socioculturales de los “felices veinte” han abierto un horizonte renovado de investigación para una dictadura que encarnaba buena parte de estos elementos pero que figuraba como un paréntesis de procesos históricos más prestigiados. Los primeros estudios académicos sobre la dictadura datan de los años ochenta y noventa —Ben Ami, Tusell o Sueiro—. Ya entrado el siglo XXI encontramos las aportaciones fundamentales de González Calleja (2005) —la modernización autoritaria— y de Quiroga (2008) —la nacionalización de las masas—. Estos y otros trabajos han contribuido a desterrar la imagen de un período interregno y a considerarlo una de las muestras más palpables de las respuestas autoritarias y nacionalistas —una peculiar simbiosis de fascismo aderezado de proclamas cuarteleras africanistas y mucho nacionalcatolicismo— a la crisis del liberalismo y una experiencia determinante para la configuración de la dictadura franquista.

La dictadura de Miguel Primo de Rivera comenzó con un directorio militar y un estado de excepción que, a partir de la “resolución” del conflicto colonial, derivó en un régimen inspirado en los modelos de Sidónio Pais en Portugal o Benito Mussolini en Italia. Como las cronologías de los regímenes no coinciden con las de sus protagonistas, no es baladí recordar que los artífices del primoriverismo habían ocupado puestos de responsabilidad durante la restauración borbónica, el generalato había participado en las guerras coloniales de Cuba, Puerto Rico y Filipinas y sus intelectuales —reunidos en torno al diario *La Nación* y afiliados a la Unión Patriótica— fueron después los artífices y los ideólogos de la sublevación y del régimen franquista: Pemán, Pemartín, Gay, Maeztu, Calvo Sotelo, Delgado Barreto, su hijo José Antonio, etc. (Quiroga, 2007; Alía Miranda, 2003, pp. 95-114). Esto puede sonar a perogrullada, pero convendría tenerlo más en cuenta a la hora de acercarnos al pensamiento y las acciones de sujetos históricos condicionados por su campo de experiencias, lo cual requiere relativizar las marcas cronológicas de los acontecimientos políticos.

Una de las aportaciones historiográficas al centenario ha sido la editada por Robles Egea (2023). Se trata de una obra polifónica con enfoques divergentes, algunos de los cuales

contribuyen a complejizar el período, como la contribución biográfica que firma Demetrio Castro o la importancia del contexto barcelonés en el golpe que realiza Ángel Duarte. Los capítulos se nutren de las posibilidades abiertas por la digitalización —aún incompleta— de la prensa de la época. Igualmente, el libro de Alía Miranda (2023) es una excelente obra de síntesis que sitúa al dictador y la dictadura en el contexto de época con una excelente actualización bibliográfica. El libro puede servir como hoja de ruta para todos aquellos historiadores que quieran comenzar a investigar el período y también para que cualquier interesado en la temática pueda entender la dictadura con un marco conceptual, analítico y bibliográfico completo. La obra es meritoria, además de por la capacidad de síntesis, porque entra de lleno en cuestiones que trascienden de la política, de la prensa y de las declaraciones institucionales. En ella tiene cabida la colaboración socialista, la compleja conjugación de una dictadura con rey, los debates sobre la modernización económica —convertida en tópicos durante la dictadura— y la imagen del dictador “campechano” con “vida alegre”, uno de los aspectos medulares en su construcción como “caudillo” viril representante de caracteres nacional-populares. El capítulo 4 incide en la configuración del “campechanismo” como una de las estrategias populistas del dictador, que conjugó la alianza con la Iglesia y las narrativas más moralistas con la tolerancia hacia las nuevas formas de ocio y los imaginarios sociales de los años veinte. Sobre esta temática podemos referenciar las obras editadas por Otero Carvajal y Rodríguez Martín (2022), Otero Carvajal y Pallol Trigueros (2018) y, especialmente, Díez del Campo y Pérez Garzón (2022). En relación con el libro de Alía Miranda, sí cabe problematizar el empleo de términos como “paradojas” o “contradicciones”, ya que estas categorías no son dadas por los acontecimientos, sino que irrumpen en el momento que la historiografía, conociendo las experiencias históricas a posteriori, las identifica de esta manera. La contradicción es una etiqueta válida en términos explicativos, pero conlleva el riesgo de aplicar un razonamiento causal y teleológico: la dictadura cayó por sus contradicciones. Múltiples ejemplos evidencian que la vitalidad de los regímenes no descansa en su coherencia. Otro libro de síntesis publicado en estos tres últimos años es el trabajo de Victoria Moreno (2023), donde se realiza un recorrido a las principales características de la dictadura conceptualmente actualizado. Las aportaciones de Quiroga (2008 y 2022) relativas a la nacionalización de las masas y la construcción del carisma de Primo se han corroborado en diversos estudios locales, que han localizado procesos miméticos de movilización y legitimación de la dictadura sobre ritos, narrativas y símbolos castrenses, contrarrevolucionarios y nacionalcatólicos. Un buen ejemplo sería la tesis doctoral de Rodríguez Carrasco (2023).

También cabría destacar la sugerente aportación, en términos interpretativos y documentales, de Casals Meseguer y Ucelay-Da Cal (2023). El libro explica cómo en Barcelona, antes de 1923, se había experimentado una suspensión efectiva de derechos y un control social parafascista resultado de la alianza entre el gobernador civil, el capitán general, el jefe de la policía y las élites económicas de la ciudad. Utilizando de manera indiscriminada la violencia extrajudicial y la ley de fugas y recurriendo a las fuerzas paramilitares del Somatén, Martínez Anido como gobernador civil, Miguel Arlegui en la jefatura superior de policía y Miguel Primo de Rivera como capitán general de Cataluña —protagonistas de la dictadura: el primero sería el responsable de Gobernación y el segundo, Director general de Orden Público— lograron la “pacificación” forzosa del conflicto social. La conclusión es que la ciudad vivió una dictadura autoritaria y profascista antes de 1923. Las sugerentes ideas del libro no caben en este repaso bibliográfico, que plantea la extensión del modelo barcelonés al resto del Estado con la dictadura. Allí se habría gestado una primera oleada fascista diferente en orígenes y formas al fascismo de los años treinta. La obra interesa también por constatar cómo un enfoque local puede trastocar esquemas narrativos a nivel estatal. Primo de Rivera, Martínez Anido y Arlegui habían demostrado en Barcelona su capacidad para suprimir los derechos constitucionales, desarrollar el terrorismo de Estado y acabar violentamente con las reivindicaciones sociales.

En este repaso podemos señalar otras aportaciones sobre el papel de los intelectuales, quizá el tema que más literatura previa tenía. Estas investigaciones no destacarían por su originalidad, sino por incidir no sólo en los colaboracionismos, sino también en la oposición y en figuras que se convertirían en símbolos del rechazo a la dictadura y que sentarían las bases del programa

regenerador democrático, como fue el caso de Miguel de Unamuno (Rabaté, 2023). La dictadura contó desde sus primeros compases con una fuerte oposición —atestuada en las miles de multas, detenciones, registros, exilios y destierros y, no menos importante, en al menos las tres intenciones serias de derrocarla con un golpe político-militar— pese al mito que construyó, y que aún perdura, de legitimidad popular y apoyo masivo. Estos datos han quedado ensombrecidos por la represión franquista, pero en su momento no tuvieron parangón en la historia contemporánea de España. Una de las primeras medidas de Primo en el poder fue la extensión del somatén al resto del Estado, que tantos buenos resultados le había dado en la represión sindical en Valencia en 1920 y en Barcelona en 1922.

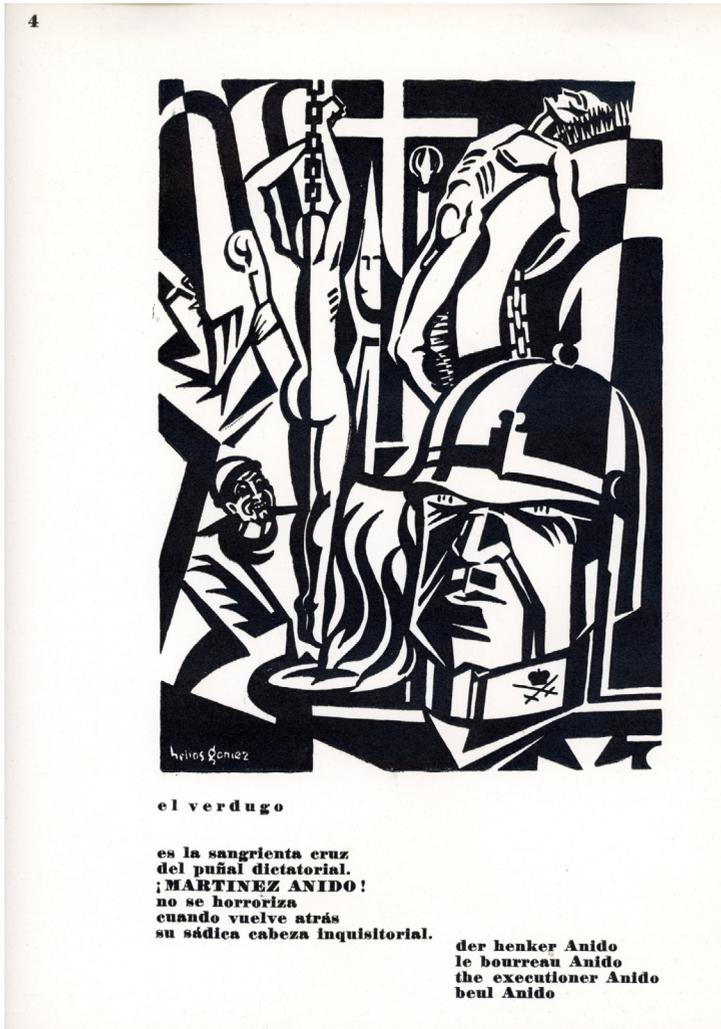


Imagen 1. Helios Gómez, *Días de Ira*, Berlín, AIT, 1930, p. 4

Sin lugar a duda la obra más ambiciosa es la tentativa de biografiar al personaje llevada a cabo por Quiroga (2022). Los dos primeros capítulos sí pueden encuadrarse en el campo de las biografías históricas, pero los siguientes suponen un recorrido muy sugerente sobre el ejercicio de la dictadura, cuestión quizá inevitable por la propia condición populista del dictador y la dificultad de investigar la intensa vida privada de una figura tan pública. El capítulo primero incide en un factor

determinante para comprender el siglo XX español: el factor colonial y los generales africanistas como depositarios de una idea exclusiva de nación que se comprometieron a defender hasta las últimas consecuencias, junto a su honor y a sus cuentas de ahorro. En términos generales, el libro entronca con la trayectoria investigadora de Quiroga y supone una contribución decidida a la hora de entender los regímenes posteriores, especialmente el franquismo, a partir de esta experiencia dictatorial. La obra consolida la caracterización del primoriverismo en los términos de nacionalismo autoritario y populismo contrarrevolucionario —también figura así en la obra divulgativa de Muñoz Lorente (2022)—, palabras que, hasta fechas recientes, la historiografía era reacia a utilizar. También problematiza ciertos tópicos como el de autoritarismo poco represivo, el de dictador tolerante o el de la sintonía con el fascismo italiano, que en estas páginas queda contrastado. Primo de Rivera estaba fascinado con el proyecto de Mussolini —sobre todo a raíz del viaje junto a Alfonso XIII a Italia en noviembre de 1923—, a quien presentó previamente sus proyectos de reforma política buscando su consejo. El embajador italiano en Madrid actuaba como un asesor preferente del dictador. Pero la relación no fue sólo de mímesis. La dictadura primoriverista empleó métodos represivos, construyó desde arriba el carisma del caudillo, suspendió las cortes e implementó una asamblea corporativista antes que lo hiciera Mussolini o cualquier otro dictador de entreguerras. También hubo diferencias que a la postre fueron decisivas. La Italia fascista tenía una movilización social detrás, mientras que Primo de Rivera intentó inventársela desde el Estado. Esto explica cómo la obra de la dictadura cayó automáticamente al día siguiente de que presentara su dimisión, el 28 de enero de 1930, y que sus grandes *performances* propagandísticas, las exposiciones de Sevilla y Barcelona, fueran un fracaso en términos económicos y de visitantes. Acierta también Quiroga al señalar el interés nacionalizador de la dictadura a través de la propaganda, la censura y la educación estatal.

La dimensión regeneradora se cifraba en la “resolución” del problema colonial, que se festejó en rituales de la victoria tras el desembarco de Alhucemas. En este sentido, la censura fue determinante para generar una cultura de la victoria. Por ejemplo, Iglesias Amorín (2022) recordaba cómo la retirada de Chauen en diciembre de 1924 provocó millares de víctimas entre las tropas españolas que pasaron desapercibidas por el férreo control de la prensa. Una de las primeras medidas en el gobierno del dictador fue crear delegaciones de propaganda y de censura y comprar decenas de rotativos locales. Asumir en términos historiográficos la “modernización” o “pacificación” —tanto del país como de las colonias— supone dar crédito a la prensa oficialista y a las notas de autobombo de Primo de Rivera, obviando el estado de terror social, incrementado por el sistema de denuncias anónimas. Los discursos grandilocuentes, el perfil carismático y las expectativas de regeneración se desplomaron a comienzos de 1930, lo que evidencia que se sustentaban en la acción del gobierno y la represión y no en la opinión pública. En cuanto el gobierno de Dámaso Berenguer relajó la censura, proliferaron las opiniones que hablaban de fiasco político, de dictadura despótica y de régimen corrupto.

La legitimidad del régimen descansó en todo momento en el visto bueno del rey, pero también en el aura carismática que la propaganda construyó en torno al caudillo: cirujano de hierro y regenerador de la nación. El reto historiográfico aún no resuelto para el estudio de las dictaduras radica en encontrar los métodos y las fuentes apropiadas para tratar de valorar el nivel de aceptación de estos imaginarios a nivel social. Primo fue, como señalaba Quiroga, un político vestido de militar. El libro rechaza de manera clara el mito de Primo regenerador obligado por las circunstancias extraordinarias a tomar decisiones desagradables por el bien de su país. “Como en otras dictaduras derechistas de la Europa de entreguerras, el discurso nacional-populista de Primo buscaba un cambio en las élites políticas de las monarquías liberales para garantizar la continuidad del *statu quo* socioeconómico en el marco de un régimen autoritario” (p. 16). Fue una alianza “de orden” que se aprovechó del potencial movilizador del nacionalismo para contrarrestar la conflictividad social y política, suprimir las libertades y las expectativas de democratización y erigirse como un dictador con carta blanca para regenerar la nación. Durante el directorio militar, España se convirtió en un cuartel con capitanes generales gobernando sobre cada provincia. El directorio civil buscó la legitimidad de la soberanía popular con una recogida de firmas en las

sedes de la Unión Patriótica, en septiembre de 1926, que el régimen vendió como un plebiscito y que algunos hoy lo toman por tal.

Uno de los debates que continúa abierto es la relación entre el monarca y el dictador y si el primero fue plenamente partidario de la salida dictatorial o bien tuvo que aceptarla presionado por los acontecimientos. En la actualidad se están elaborando varias tesis doctorales e investigaciones a partir del Archivo General de Palacio que ponen el foco en los disensos entre el Jefe del Estado y el dictador. No cabe duda que, en el horizonte simbólico de legitimación, ambos desarrollaron estrategias populistas divergentes, pero Primo de Rivera en ningún momento pudo ensombrecer la figura del rey patriota y católico, sobre el que confluían las lealtades del ejército y la identificación populista, histórica, patriótica y religiosa de la nación. Sin embargo, pese a las tensiones o la mayor o menor aceptación del monarca, no se pueden negar la fuerza de los hechos consumados: la convivencia fue clara y evidente y se prolongó durante 7 años, en un equilibrio entre poderes, legitimidades y contextos históricos en los que el rey tenía la capacidad de posicionarse en todo momento. Cuando el 15 de septiembre de 1923 se entrevistaron en el Palacio Real tras el manifiesto, Primo no las tenía todas consigo si el rey no le cedía el poder ejecutivo. El monarca fue firmando todas las disposiciones que concentraban todos los poderes en Primo y configuraron la dictadura, y el dictador sólo dimitió cuando se lo pidió expresamente Alfonso XIII, el mismo día que el general Goded se disponía a dar un golpe de Estado con la aquiescencia del monarca.

Este debate sería menor si no fuera porque de su interpretación se deriva la legitimidad republicana de 1931 o la historia de la relación de la monarquía borbónica con las democracias y las dictaduras en el siglo XX. Ésta es la pretensión del libro de Villa (2023). Si Alfonso XIII fue un rey demócrata, quiere decir que la legitimidad republicana como sistema democrático no era válida, pues ya existiría supuestamente ese régimen, y su legitimidad descansaría, por tanto, en su perfil revolucionario. Esta posición se enmarca en los revisionismos historiográficos agigantados desde hace unas décadas: relativizar la guerra colonial en el norte de África; cuestionar los fundamentos del informe Picasso; considerar que la movilización política catalanista o sindical obligaba al Estado a asumir un control autoritario que evitara una revolución social; negar el imperio colonial en el norte de África o limitar el control español —que no escatimó en bombardeos y gases tóxicos— a medidas policiales o preventivas; o la supuesta popularidad de la dictadura. El objetivo es presentar la historia de España como el conflicto entre el orden nacional que denominan “liberal” —eufemismo de reaccionario, pues convendría recordar que en abril de 1924 Primo de Rivera ya había creado la Unión Patriótica con el objetivo de integrar en ella a todas las facciones políticas favorables al golpe y movilizar a las masas— y la revolución antipatriótica y secesionista, tensión que llegaría hasta nuestros días. Dentro de las “guerras culturales” por la memoria, esta mirada al pasado esconde un discurso ideológico nacionalista excluyente. El libro de Villa centra sus páginas en la organización y ejecución del golpe y se sustenta en una amplia documentación que prioriza aquellos testimonios que confirman la polarización, la noción de crisis del sistema liberal y la radicalización de los nacionalismos periféricos y de la izquierda. Procesos contrastables, pero sutilmente seleccionados para que encajen en la narrativa teleológica. De la lectura del libro, de manera implícita, se puede llegar a entender que la solución autoritaria fue el recurso “natural”, “legítimo”, “necesario” o “el único posible” ante los retos que afrontaba el país en aquel momento.

Otra de las obras más relevantes publicadas en este ciclo conmemorativo ha sido la coordinada por Ortega López (2022) sobre la irrupción de la mujer en la sociedad de masas y en la esfera política. También en este punto se ha querido limpiar la memoria de la dictadura poniendo el foco en que se permitió la representación y el sufragio femenino, obviando que se hacía en el seno de la Unión Patriótica y asociaciones católicas y dentro de una Asamblea corporativa. En este sentido, el libro plantea un acercamiento a la cuestión de género durante la dictadura que incluye trabajos sugerentes de, entre otras, Nerea Aresti, Carla Bezanilla, Marta García Carrión, Ana Martínez Rus, Inmaculada Blasco o la propia Teresa María Ortega.

Asimismo, podríamos incluir en esta panoplia de aportaciones relevantes el libro de Moreno Luzón (2023) sobre la nacionalización de la monarquía y el populismo de Alfonso XIII. Si bien el

trabajo abarca todo el reinado y no se centra exclusivamente en la etapa dictatorial, no cabe duda que el destino del rey y de la institución monárquica quedó marcada y herida por el primoriverismo. El libro no es una biografía sino un análisis desde los *nationalism studies* y la historia cultural del poder de la construcción carismática, patriótica y religiosa del rey. Ha recibido diversos reconocimientos historiográficos por su planteamiento metodológico y sus aportaciones. Sobre el papel de la monarquía durante la dictadura, Moreno Luzón recuerda las ilusiones del monarca (p. 395) por gobernar con facultades especiales prescindiendo de los políticos, culminando una deriva de participación en política que caracterizó su reinado. El proyecto de dictadura regia no salió adelante, pero sí lo hizo un caudillaje militar bajo su patronazgo. Dictador y monarca coincidían en su ideología ultranacionalista, contrarrevolucionaria, cuartelera, providencialista y en la “antipolítica”. En 1925, monarca y dictador —y la patronal— celebraron conjuntamente que España había recobrado la paz social y la prosperidad. Cuando Alfonso XIII quiso poner tierra sobre los siete años de dictadura, era demasiado tarde. La caída de uno implicó irremediabilmente la caída del otro.

Otro de los usos públicos del pasado es la “colaboración” del PSOE y de la UGT en la dictadura. Incluso algunos historiadores han afeado en los medios que Quiroga (2022) no incluyera en su obra referencias a este hecho, cuestión que no es cierta —véase, por ejemplo, la página 102—. Esta “colaboración” es ampliamente conocida pero su conversión en frase hecha le resta las numerosas aristas que presentó, como la tensión entre socialistas y comunistas, el perfil social transversal de muchas de las dictaduras de entreguerras, la debilidad del partido o el miedo provocado por las medidas represivas. La oposición sindical a la dictadura estuvo encabezada por la CNT. El libro coordinado por Ginard i Féron (2024) ha constatado la fuerte oposición al régimen en Cataluña y Baleares. Sin embargo, el libro de Villa (2023), sustentado en fuentes, bibliografía y métodos propios de la historiografía, tiene unos objetivos presentistas que explica en entrevistas en diversos medios de comunicación. El historiador ve paralelismos entre la “crisis de eficacia” de 1923 y la “crisis de legitimidad” de 2023 (*La Razón*, 26 de septiembre de 1923), rechaza la deriva autoritaria y antiliberal de las derechas y vincula, sin fisuras, el republicanismo con la revolución y el PSOE con el golpismo. Toda historia está hecha desde el presente tratando de responder a las inquietudes y métodos que hoy manejamos. Todo historiador interpreta el pasado a partir de un bagaje ideológico y socioprofesional específico, pero en este caso no es difícil constatar cómo se busca en la historia un recetario de causas, héroes y villanos que atestigüen la interpretación teleológica del pasado y, de paso, orienten al votante.

El cómputo historiográfico del centenario del golpe de Primo de Rivera ha sido desigual. Lo cierto es que no ha atraído un número relevante de investigaciones originales, como constata la mesa sobre la dictadura que coordiné junto a Giaime Pala en el XVI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea celebrado en Logroño en septiembre de 2023. Fue una de las mesas con menor número de participantes. En cualquier caso, el factor cuantitativo no es determinante ya que, en el horizonte de los centenarios, más trabajos puede implicar mayor redundancia de tópicos historiográficos. Hemos ganado una semibiografía del dictador; síntesis que sitúan el régimen en el contexto de la Europa de entreguerras; análisis muy meritorios del proceso desde una óptica transnacional y de género; la consolidación de una interpretación del régimen en clave populista y relacionada directamente con la dictadura franquista; y un ejemplo magistral de historia cultural del poder sobre el reinado de Alfonso XIII. Pero también se ha aprovechado la efeméride para ahondar en una narrativa —con mayor potencial divulgativo— que integra el golpe en la “excepcionalidad española” y que juzga ideológicamente los acontecimientos para trazar lecturas presentistas en torno a la legitimidad de la monarquía o las respuestas autoritarias como resultado legítimo de la radicalización republicana, independentista y sindical. Se ha trabajado intensamente con la prensa digitalizada, si bien no se ha aportado documentación primaria que cambie sustancialmente lo que conocemos sobre la dictadura.

El centenario también ha servido para poner el foco en una estatua ecuestre del dictador, realizada por Mariano Benlliure en 1929, que preside la plaza del Arenal de Jerez de la Frontera, su ciudad natal —véase el capítulo octavo de Quiroga (2022)—. El dictador “bonachón”, el estadista patriota, el exponente del alma popular, el restaurador del orden, el modernizador de la nación,

el héroe de Marruecos, el “dictador” divertido, sigue allí presidiendo el espacio público de un Estado democrático en el siglo XXI y recibiendo las alabanzas de culturas políticas nostálgicas con su *modus operandi*. En los medios de comunicación y en los estantes de las principales librerías continúa perpetuándose una noción del personaje heredera de su programa propagandístico. La historiografía se siente afónica ante estos relatos. Sería fácil atribuir la culpabilidad a la torre de marfil de la academia o a la reticencia de los historiadores de hacer divulgación. Sin embargo, la afonía reside en estrategias políticas y económicas contra las que poco se puede hacer cuando el debate no es profesional. Buena parte de los libros aquí reseñados son una muestra del potencial de la renovación historiografía y están escritos en un castellano fácilmente comprensible, e incluso ameno. No nos podemos exigir aquello que no está a nuestro alcance. Tampoco se trata de buscar un discurso homogéneo. Al contrario, urge propiciar una reflexión, tanto pública como historiográfica, en torno a los límites de los usos del pasado.

En definitiva, hay que celebrar que la historiografía española haya integrado la dictadura de Primo de Rivera como un período fundamental en la configuración de los vectores históricos de las décadas siguientes. Pero quedan muchos interrogantes abiertos. Sobre todo, más allá de los usos públicos y de los *revivals* nostálgicos que todo lo inundan, queda por comprender la escasa repercusión de todos los esfuerzos del régimen por construir el carisma de su caudillo e identificarle con la nación. Toda la movilización ritual y simbólica y la nacionalización de las masas pareció esfumarse. A los pocos meses, las calles se llenaron para celebrar la proclamación de la República.

## Bibliografía

- Alía Miranda, Francisco (2023): *La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Paradojas y contradicciones del nuevo régimen*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- Casals Meseguer, Xavier y Enric Ucelay-Da Cal (2023): *El fascio de las ramblas. Los orígenes catalanes del fascismo español*. Barcelona, Padado & Presente.
- Díaz del Campo, Ramón V. y Juan Sisinio Pérez Garzón (coords.) (2022): *La aventura de la modernidad. Los años veinte en España*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- Ginard i Féron, David (coord.) (2024): *La dictadura de Primo de Rivera (1923-1930). Suports i resistències*. Palma, Documenta Balear.
- González Calleja, Eduardo (2005): *La España de Primo de Rivera. La modernización autoritaria, 1923-1930*. Madrid, Alianza.
- Iglesias Amorín, Alfonso (2022): *Marruecos, panteón del Imperio español (1859-1931)*. Madrid, Marcial Pons.
- Muñoz Lorente, Gerardo (2022): *La Dictadura de Primo de Rivera. Los seis años que le costaron el trono a Alfonso XIII*. Córdoba, Almuzara.
- Ortega López, Teresa María (ed.) (2023): *Mujeres, género y nación en la dictadura de Primo de Rivera*. Madrid, Sílex.
- Otero Carvajal, Enrique y Rubén Pallol Trigueros (eds.) (2018): *La ciudad moderna. Sociedad y cultura en España, 1900-1936*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- Otero Carvajal, Enrique y Nuria Rodríguez Martín (eds.) (2022): *La mujer moderna. Sociedad urbana y transformación social en España, 1900-1936*. Madrid, Los Libros de la Catarata.
- Quiroga Fernández de Soto, Alejandro (2007): *Los orígenes del nacionalcatolicismo. José Pemartín y la dictadura de Primo de Rivera*. Granada, Comares.
- Quiroga Fernández de Soto, Alejandro (2008): *Haciendo españoles. La nacionalización de las masas en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Quiroga Fernández de Soto, Alejandro (2022): *Miguel Primo de Rivera. Dictadura, populismo y nación*. Barcelona, Crítica.
- Rabaté, Colette y Jean-Claude (2023): *Unamuno contra Miguel Primo de Rivera. Un incesante desafío a la tiranía*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.

- Robeles Egea, Antonio (ed.) (2023): *A plena luz del día. El golpe de Estado del general Primo de Rivera (1923)*. Granada, Universidad de Granada.
- Rodríguez Carrasco, José Jerónimo (2023): *La dictadura de Primo de Rivera en la Comarca de la Serena (1923-1930). La institucionalización de un régimen entre la renovación y la continuidad*. Tesis doctoral, Universidad de Extremadura.
- Victoria Moreno, Diego (2023): *Dos dictadores y un rey: Primo de Rivera, Berenguer y el final de la monarquía de Alfonso XIII (1923-1931). A cien años del golpe de Estado que precipitó la Segunda República en España*. Madrid, Nova Spartaria.
- Villa, Roberto (2023): *1923. El golpe de Estado que cambió la Historia de España*. Madrid, Espasa.